

Definición de la Fe y un gran secreto

Por Guillermo A. Italia



Hace algunos años atrás me tocó presidir en una actividad con más de noventa jóvenes del Sacerdocio Aarónico, la misma se desarrollaría en una playa de Puerto Madryn. La organización y la asistencia habían sido perfectas. Sin embargo el fuerte viento no nos dejaba realizar ningún tipo de actividad al aire libre. Luego de discutir y meditar el asunto, resolvimos juntarnos y con mucha fe implorar al Señor para que cesara el viento y pudiéramos comenzar con la agenda programada.



Puerto Madryn

El tiempo transcurrió y nuestra petición no se recibió. Debimos regresar a casa, no solo frustrados porque la actividad fracasó, sino también con un sentimiento de culpa y de incertidumbre por pensar que no fuimos escuchados por el Señor.

“Tenga fe hermano..., tenga fe”. Es la primera frase que escuchamos, casi hasta el cansancio, cuando nos invade un problema o nos encontramos ante un gran desconsuelo. Las escrituras apoyan este enunciado: “... porque de cierto os digo, que si tuvierais fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.”¹, también nos dicen “... Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a este sicómoro: Desarráigate, y plántate en el mar, y os obedecería.”².

¿Qué sucedió aquel día de tanto viento en las playas de Puerto Madryn?, ¿nuestra fe ni siquiera llegó a ser como un grano de mostaza o acaso no había nadie para escuchar la súplica?

He meditado mucho acerca de las preguntas que vienen a nuestra mente en los momentos que la fe es puesta a prueba y llegué a la conclusión que podemos dividir las en dos niveles. En el primer nivel hay preguntas como: ¿soy digno?, ¿es justo lo que estoy pidiendo?, ¿es lo que necesito?, ¿es el tiempo de recibirlo?, ¿he orado, meditado y ayunado lo suficiente?, ¿hice mi parte?, etc.

En este primer nivel, las preguntas van orientadas a nuestra persona, si las respuestas son negativas, por ejemplo “no soy digno” o “no hice mi parte” estamos reconociendo que la bendición no llegó por causa de nuestra culpa y si son afirmativas es decir “sí, soy digno”, “sí, he hecho mi parte” trataremos de justificar la falta de contestación como una prueba de fe. En ambos casos, las preguntas del primer nivel son positivas ya que nos motivan a tratar de cambiar o desarrollar la paciencia y otros atributos cristianos.

El problema comienza cuando abandonamos las preguntas del primer nivel y pasamos, sin darnos cuenta, a las del segundo nivel.

Es aquí donde nuestra fe ya se quebró y nuestro testimonio comenzó a debilitarse. Las dos preguntas más representativas son: ¿me escucha Dios?, ¿existe Dios? Buscamos el responsable de la falta de respuesta fuera de nosotros. Culpamos a Dios o lo negamos.

Para evitar caer en esta última categoría de preguntas, que indefectiblemente puede llevarnos a la apostasía, es necesario definir exactamente la fe y conocer un gran secreto.

Definiendo la fe

Los Libros Canónicos nos dan tres definiciones de la fe. Individualmente son independientes y completas en sí mismas, pero cada una aporta algo que complementa a las otras dos.

- 1er. Definición: “...la fe es las cosas que se esperan y no se ven;...”³
Esta escritura define a la fe como una cosa, toda cosa puede ser tangible o intangible. También nos dice que no la podemos ver y que no la tenemos con nosotros ya que la esperamos; si la esperamos es una cosa deseable.
- 2da. Definición: “... la certeza de lo que se espera,...”⁴
Aquí se acentúa el concepto de tiempo. La cosa no pertenece al presente. Está en el futuro. La esperamos. Deseamos tenerla con nosotros cuanto antes
- 3er. Definición: “...No es tener un conocimiento perfecto de las cosas;...”⁵
Si tuviéramos esa cosa deseable con nosotros, ya no la estaríamos esperando, la estaríamos viendo y la conoceríamos en su forma perfecta. Sería un resultado. La fe no es un resultado, implica un proceso en el cual trabajamos para traer la cosa deseable, que está en el futuro, hacia nuestro presente.

De las tres definiciones anteriores podemos formular una primera conclusión parcial:



“Aumentando tu fe”
por Walter Rane

La fe involucra una ‘cosa deseable’, un tiempo y un proceso

Concentrémonos ahora en el concepto de que la fe es un proceso. En este proceso formulamos las preguntas del primer nivel: ¿soy digno?, ¿es justo lo que estoy pidiendo?, ¿es lo que necesito?, ¿es el tiempo de recibirlo?, ¿he orado, meditado y ayunado lo suficiente?, ¿hice mi parte? A medida que respondemos a estas preguntas iniciamos un proceso de santificación y de conversión. Es decir para que el Señor nos dé la cosa que más deseamos, comenzamos con un proceso de cambio. Nos esforzaremos para dejar el hombre natural y convertimos en un hombre espiritual y así agradar a Dios. Con esto en mente podemos formular la segunda conclusión parcial:

La fe es acercar a nosotros la ‘cosa deseable’, en la medida que vivimos en el tiempo, un proceso de cambio.

El Señor utiliza una cosa y la hace deseable para nosotros, de manera tal que estemos dispuestos a cambiar con tal de alcanzarla. Durante este proceso de cambio, la santificación y la conversión van acompañadas de revelaciones, de señales y sentimientos que nos ayudan continuamente a corregir nuestra manera de pensar, al punto que aprendemos a pensar como piensa Dios.

Este razonamiento nos conduce a la conclusión final:

La fe es la ‘cosa deseable’ que justifica el proceso de cambio que nos llevará a ser como Dios.

Les dije que una vez que definamos la fe, deberíamos conocer un gran secreto: “Evitar que la cosa deseable se convierta en un capricho o en una obsesión y estar dispuestos a cambiar la cosa deseable”. Si somos como Dios, es que aprendimos a pensar como Él, entonces sabremos si la cosa deseable es lo que Dios quiere para nosotros. A veces será necesario cambiar la cosa deseable, aún cuando en un primer momento y a los fines de propiciar nuestro cambio, Dios la haya presentado como muy deseable.

Notas

- 1 Mateo 17 : 20
- 2 Lucas 17 : 6
- 3 Éter 12: 6
- 4 Hebreos 11:1
- 5 Alma 32 : 21

